

JOAQUIN V. GONZALEZ Y RICARDO ROJAS: UNA AMISTAD ENTRAÑABLE

Era un atardecer de septiembre. La escena, una librería de viejo y, a la vera de una larga mesa colmada de libros, un joven de espigada figura, rostro moreno y copiosa melena renegrida, hurgaba con nerviosos dedos en aquella maraña bibliográfica, y, cuando salía al encuentro de su inquieta curiosidad algún título que le despertaba el interés o una obra de autor admirado, el joven veinteañero hojeaba el libro y se detenía en algunas páginas, para leer con avidez el mensaje en prosa o en verso que en ella había dejado el talento de quien lo escribió. Frente a él, un hombre maduro, de cara barbada y de mirar soñoliento en cuya profundidad el espíritu avizor advertía una claridad mágica que parecía señalar los rumbos de un alma embellecida por el amor y la sabiduría. Este hombre, que ya mostraba en el cabello y triángulo de su barba los hilos de plata, señeros del tiempo y de las preocupaciones, lo contemplaba embelesado, con una sonrisa de abuelo bueno. El mozo levantó los ojos del libro y se encontró con los de su testigo. El mayor, sin mediar circunloquios, como habla un maestro a su alumno, le preguntó:

—¿Encontró al fin, la obra de su preferencia?

—Efectivamente, señor. Véala usted.

Y le mostró el libro. Se pusieron a comentarlo. El coloquio duró bastante rato, porque, al margen de los comentarios, el hombre maduro preguntaba y el joven respondía, mereciendo aprobaciones entusiastas. Al terminar este sondeo intelectual

y psíquico, el señor de los ojos adormilados y de las ideas extraordinariamente despiertas, tendió su mano cálida al mozo:

—Me llamo Joaquín V. González. ¿Y usted?

—Ricardo Rojas, señor.

—Su padre, don Absalón fue un digno servidor de la Nación.

—Fundó muchas escuelas durante su gobernación, y esto me colma de orgullo. Además, señor, estrechar ahora la mano del autor de “La Tradición Nacional”, y “Mis Montañas”, trabajos medulares intensamente saturados de patria, constituye un privilegio que le agradezco.

Conversaron brevemente sobre poesía, tradición, folklore, y eso bastó para que los dos espíritus se comprendieran y para que en el latido genuinamente argentino del corazón de González, el corazón de Rojas descubriera acentos de identidad, una misma emoción de patria, una comunidad de sentimientos que los vinculaba al milagroso numen de la tierra.

Desde aquel atardecer, en la librería de viejo, González y Rojas, no obstante la diferencia de edades, dejaron arraigar en sus corazones una amistad helénica, o yo diría, gaucha, por el signo de pureza que la blasonó, y por su autenticidad de culto; esta amistad que se conserva como un regalo de Dios, y jamás como un vehículo social para alcanzar ventajas. Era la amistad cristalina del filósofo y el poeta. Amistad fiel y poderosa en su firmeza. Ya lo dice el *Eclesiasticus VI, v. 14: Amicus fidelis protectio fortis; qui autem invenit illum, invenit thesaurum* (Defensa poderosa es el fiel amigo. Lograrlo, es encontrar un tesoro).

González ejercía, a la sazón, prominentes funciones de gobierno, cerca del general Roca. Y, cuando podía hacer un claro en sus tareas, de suyo exigentes y agotadoras, iba por librerías y bibliotecas, leyendo aquí, o conversando allá, junto a los repletos anaqueles, con escritores, estudiantes, artistas. A este hábito democrático se debió el primer diálogo con Rojas. El soñador de la montaña no perdió el rumbo del joven soñador de las selvas. Se encontraron muchas veces en aquellos rincones de

la sabiduría, en esas trastiendas de librero que, en algunas ocasiones han alcanzado prestigio de academia, y que, generalmente, se convierte en grato y feliz refugio de espíritus esclarecidos para quienes la más alta ejecutoria es el pensamiento.

Don Joaquín lo invitó con frecuencia a su casa para platicar soeráticamente. Una mañana dominical de fines de 1902, Rojas llegó hasta la biblioteca del maestro, que tenía ambiente de santuario, y leyó “La victoria del hombre”, en los originales que en seguida llevaría a la imprenta. El autor de “Historias”, y del magnífico manual de la Constitución Argentina y tantos otros libros consagrados, escuchó gravemente la voz del poeta, esa voz cálida, plena de matices que traducían las gradaciones del fervor y la emoción; esa voz elocuente con que luego, al través de medio siglo Rojas llevó a las muchedumbres argentinas, las primicias de sus ideas, el calor de sus mensajes cívicos, el sereno razonamiento, la novedad de su doctrina.

Terminó Rojas la interpretación leída de su libro, copioso en la variedad de temas, pero de una firme unidad interior tan certeramente señalada después por Emilio Bécher en “La Nación”. González se levantó de su asiento, y, abrazándolo le dijo:

—Pronto lo aplaudiré triunfante, como lo hago ahora. Me han conmovido sus cantos.

Muy pronto iba a comprobar Rojas que esas palabras llevaban el sello de una sinceridad apostólica; que fueron dichas con la clarísima lealtad de un amigo cabal. De haber tenido reparos de carácter literario o filosófico, no los hubiese callado, porque González vinculaba íntimamente la amistad a la justicia. También a él, Mitre le formuló, juntamente con el elogio alentador, algunas objeciones sobre su obra “La Tradición Nacional”, y las recibió sin soberbia, mas, con gratitud por llegar de un ciudadano sabio, ecuaníme y glorioso, cuya palabra era lección que se brindaba solícita movida por una patriótica intención.

Este hombre excepcional a quien se reconocía hijo preclaro de la República, hablaba con calor, entre sus pares, de ese

joven poeta que llegara de Santiago del Estero con la melodiosa ejecutoria de su verso y la promesa joyante de sus ideas.

Es que, para González, la actividad promisorio de un joven significaba una conquista de la colectividad y esto le proporcionaba éfrica alegría. Tal era su desvelo por la superación de la cultura nacional, celo de patrioio, firme y vigilante como el de Sarmiento, celo que le inspira leyes de vanguardia como las que se refieren al trabajo, tratados de orientación y de enseñanza, estudios constitucionales, libros de exaltación a la tierra nativa, iniciativas de extraordinaria trascendencia en el orden universitario, predicaciones, cánticos, actitudes abnegadas.

En el año 1902, tuvo Ricardo Rojas la certitud de la alta consideración que había despertado en González. Y el mismo Rojas evoca un hecho demostrativo, en la conferencia que en 1921 dictó sobre la personalidad de Carlos Pellegrini. Un día, el diario "El País" le confió una misión ante el gran político. Debía recoger ciertas instrucciones para la redacción. Eran tiempos de agitación social. El estadista lo recibió y, después de escribir su mensaje para el editorialista, tiró a un lado la lapicera, y comenzó la escena que deseo referir con las propias palabras de Rojas.

"... al alzar la vista me encontré con la de Pellegrini que en aquel momento me dirigió esta inesperada pregunta:

—¿Usted es el del poema?

Yo era "el del poema", en efecto; pero no entendí la pregunta porque el poema en cuestión era mi primer libro, recién entregado al impresor, y no conocido sino por muy pocas personas. Y averigué de dónde sacaba tan peregrinas noticias sobre el autor tan inédito, y Pellegrini me respondió:

—Lo he sabido por González. Anoche nos han sentado juntos en el banquete a Concha Subereassaux, y, para no hablar de política, hemos hablado de literatura. Él me ha dado noticias de su poema con gran elogio. Traígamelo porque me ha despertado curiosidad.

Lleno de turbación bien explicable le respondí que la obra estaba en prensa; y que lo demás eran bondades de González.

—Tráigamelo mañana, a las 10, aunque sea en los originales o en las pruebas: vamos a leerlo juntos.

Rojas, enternecido, cuenta al final de su evocación que Pellegrini leyó, comentó y luego aplaudió su libro. Pero, lo más hermoso y aleccionador del episodio fue la comprobación estimulante de aquel afecto valorativo de González.

Así era el autor de "La Tradición Nacional".

Cicerón nos ha dejado una enseñanza magistral sobre la auténtica amistad. Para él la amistad "no es más que un sumo consentimiento en las cosas divinas y humanas con amor y benevolencia; un don tan grande, que es el mayor concedido por los dioses al hombre, excepto la sabiduría". Y lo fundamenta cuando nos dice: "¿cómo puede ser soportable aquella vida que no descansa en la mutua benevolencia de un amigo? ¿Qué cosa tan dulce como tener uno con quien hablar tan libremente, consigo mismo? ¿Sería, por ventura tan grande el fruto de las prosperidades si no tuviéramos quién de ellas se alegrara tanto como nosotros? Y ¿se podrían sufrir las adversidades sin uno que las sintiese aún más que los mismos que las experimentan? Finalmente, cuantas cosas se apetecen cada una tiene su uso particular: las riquezas para el uso; el poder, para la veneración, las honras para el aplauso, los deleites para la fruición, la salud para no sentir dolores y estar expedito en los ejercicios corporales; la amistad abraza muchas cosas; a cualquier parte que nos volvamos, la encontramos pronta, en todas tiene lugar, nunca es impertinente, jamás molesta".

Y esto era la gran amistad de González y Rojas.

Por eso González celebraba con tanta fruición los primeros triunfos del poeta; de ahí su voz fecunda en estímulo; de ahí su mano pronta a brindarse, sin condiciones, en ofrenda de solidaridad.

Sófocles pone en labios del atormentado Ajax esta amarga reflexión: *El puerto de la amistad suele ser infiel a la mayoría de los hombres.*

Ese puerto fue para aquellos dos varones de la argentinidad.

dad siempre propicio a las nobles realidades. Jamás un sentimiento adverso agitó aquella serenidad de sus aguas.

En 1903 González era Ministro de Instrucción Pública, un ministro Sarmientino por sus ideales, por su visión de la cultura, por su abnegación en el esfuerzo para lograr altas soluciones a los problemas de la enseñanza. Procuró entonces aumentar los cuadros del profesorado con educadores estudiosos y patriotas, animados por anhelos de superación intelectual y que estuviesen en un nivel de capacitación en consonancia con las conquistas del pensamiento moderno. Y él, personalmente, buscó entre los hombres de letras, investigadores y maestros, aquellos que, a su criterio, podrían realizar con mayor eficiencia el designio ministerial. Y llamó, entre otros, a su amigo Rojas que en septiembre iba a cumplir los 21 años de edad. En ese momento, comienza la actuación docente de Ricardo Rojas en la Escuela Normal de Señoritas N° 3 fundada por el austero ministro. La misión honrosa fue cumplida, porque Rojas poseía la vocación del maestro, definida vocación que lo acompañó toda su vida. Si maestro fue en la cátedra y el libro, maestro era también hasta en las pláticas de la amistad. Cuantos llegaron a su casona conventual para gozar de esas pláticas habituales se retiraban horas después con la certeza de que habían escuchado a un sabio educador en su cátedra, especialmente cuando de ese convivio del espíritu participaban los jóvenes.

González mantuvo siempre, como su amigo Rojas, viva y activa su fe, su esperanza, su cariño a la juventud, y jamás la dejó pasar de largo sin ofrecerle el calor de su estímulo, la oportunidad del laurel. Rojas lo sabía por experiencia personal, y por eso quería a González con admiración entrañable. Asegurar el logro de las más elevadas aspiraciones del pueblo argentino, educando a la juventud, era la consigna moral en que identificaron sus esfuerzos cotidianos aquellos dos hombres, que habían nacido con el designio de sostener y continuar, a todo trance, la obra de los insignes pensadores que comienza con Moreno y Belgrano, y se prolonga en Rivadavia, Echeverría y Sarmiento.

En Mayo de 1907, Rojas embarcó con destino a Europa, Además del propósito de conocer las grandes capitales, los tesoros de su cultura y estrechar vínculos con los escritores máximos de la época, llevada la encomienda ministerial, *ad-honorem*, de estudiar la organización escolar de aquellos pueblos y preparar informes analíticos, misión que Rojas cumplió con admirable solicitud, y cuyos testimonios vibran en “La restauración nacionalista”, que apareció en 1909 y provocó un revuelo polémico en el ámbito nacional, sólo apaciguado cuando la palabra guerrera y alentadora de don Miguel de Unamuno dijo del alto valor de la obra tan generosamente concebida y tan patrióticamente ofrendada a la República.

Rojas, antes de partir, había confiado a su noble amigo González los proyectos que su juventud alentaba, el plan de su andanza y las entrevistas, que le darían el material necesario a sus correspondencias para “La Nación”. González, alentó fervorosamente este viaje, porque entendía que él iba a constituir un estímulo poderoso para el joven poeta y pensador, y le daría experiencias decisivas. Sabía el creador de la Universidad Nacional de La Plata que hombres como Rojas, de auténtico eufo argentino, de firmes ideales nutridos en la tradición nacional, de sentimientos que saturaban de soplos telúricos su alma, iba a aprender mucho, a conocer mirajes de asombro, pero que todo ello sería aprovechado para la Patria, con gratitud pero sin entrega del espíritu, sin desmedro del amor a su tierra y a su pueblo.

Y tanto confiaba en la capacidad y el corazón de su joven compatriota que el día en que éste partía hacia Europa, González escribió para el novelista argentino Carlos María Ocantos, a la sazón en Madrid, esta carta que Rojas ha conservado en su archivo porque por diversos azares no llegó a manos del destinatario:

“Aunque esta carta le será entregada por el señor Ricardo Rojas —le dice— y sé lo que en rigor debe llamarse una “carta de presentación” personal, no puedo menos de romper el habitual protocolo epistolar por dos razones principales: primera

porque soy en general resistente a los protocolos, y segunda porque la persona del señor Rojas, me merece una consideración tan particular que puedo confiarle cualquier forma de carta en la cual vaya una demostración de confianza por mi parte.

Así: no extrañe que aquí le agradezca las amistosas palabras de su "última carta" a propósito de mi modesta acción gubernativa, y a cuyo respecto le hablaré en una próxima, así como las atenciones del Sr. Imaz.

Rojas es un intelectual de primera figuración en nuestro país, no sólo en su generación, que es la más nueva, sino con relación a nosotros los más viejos, puesto que yo, uno de éstos, así lo juzgo. Es una inteligencia robusta, rica hasta el extremo y dedicada a la vez, lo que le ha permitido dar forma a una labor intensa y hermosa, que se singulariza con la literatura de la República, desde que ella existe.

Merece como pocos ser recibido en los más altos núcleos intelectuales de nuestra lengua castellana, y Ud. allí que con tanta justicia ha conquistado un alto puesto, dada su extensa y bella labor literaria, será sin duda su mejor amigo, compañero y guía.

Este es el objeto de la presente carta y cuando Ud. hable con Rojas, será el que mejor hallará la forma y modo de facilitarle el objeto de su viaje, que será, sin duda, de grandes resultados para su personalidad literaria, y para la cultura y mayor brillo de nuestras letras".

Ese día de Mayo de 1907 cuando los amigos se estrecharon las manos en la despedida, González dijo a Rojas: —Nuestra Universidad lo espera.

Y no fueron palabras de un simple voto, porque en 1909, reintegrado Rojas a la vida nacional, y convertido su libro "La Restauración Nacionalista" en batallador mensaje que señalaba senderos a la cultura del pueblo argentino, González lo llamó a la Universidad platina y, con todos los honores, lo incorporó al núcleo selecto de sus organizadores y al claustro profesoral.

El día que González ratificó a Rojas su voluntad de llevarlo a la Universidad, éste formuló algunos reparos, y el día-

logo que se entabló entonces, puso de manifiesto el gran pensamiento educacional del fundador ilustre.

—Vacilo en aceptar esta honrosa encomienda porque carezco de título universitario, dijo Rojas. Y le repitió González: —La cultura no se hace con título sino con sabiduría y con amor. No hay mayor título que el saber sustentado con el estudio perseverante de todos los días, de todas las horas. Amigo Rojas, prepare Ud. serenamente su trabajo, su ímprobo trabajo, que tendrá en sus clases una juventud promisoría a la que alguna vez la Patria confiará responsabilidades esenciales.

Días después, el 5 de mayo de 1909, González dirigía a Rojas, desde el Senado de la Nación, esta carta:

“Mi querido amigo:

Hubiera querido escribirle anteayer, pero no tuve tiempo, para hacerle saber que el Colegio Académico de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata, lo ha nombrado Profesor de Literatura de su nueva sección de Filosofía, Historia y Letras, que es universitaria, es decir, que sus cátedricos tienen rango de tales. Su candidatura fue presentada por mí directamente y aceptada por unanimidad.

Su nombramiento, por ahora, es provisorio, por la sola facultad mientras se forma la terna que ha de elevarse al P.E. Así, pues, ya es tiempo de que Ud. comience su preparación, pues, de un momento al otro lo llamarán a dictar clase.

Si quiere que hablemos, lo espero en casa de 1 a 3 p. m. o en el estudio.

Lo felicito y quedo siempre affmo. y S. S.”.

La constancia de que Rojas cumplió brillantemente las consignas de la cultura, y que entregó a sus alumnos no solamente el caudal de su saber, sino también la esencia misma de su espíritu de maestro y los ejemplos de su hombría de bien y de su temple argentino, la brinda el propio González en sus discursos. En uno de ellos sostiene que Rojas es de las firmes y airosas columnas de la Universidad, y en otro informa que ha enviado para que ocupen la alta tribuna de la universidad

tucumanense a dos eminentes profesores del claustro platense: José Nicolás Matienzo y Ricardo Rojas.

Esta amistad tenía los categóricos acentos que Cicerón exigía como índice de autenticidad. Cuando Rojas ordenaba los materiales de "Los gauchescos", conversó una mañana con González, en casa de éste, sobre algunos cantos litúrgicos indígenas en los que se advierte la incorporación de elementos filológicos hispánicos. Comentó muchos ejemplos de hibridación típicos en aquellas regiones del país donde los grupos humanos indios fueron más copiosos y conservan todavía extensa progenie. Cuando abordó el tema de la festividad del Niño Alcalde, en La Rioja, don Ricardo le recitó los versos hibridados que se entonan en esa fiesta, como un estribillo.

Año nuevo, pacari,
Niño Jesús canchari,
tinti, llali, llallincho,
cora, llalli, llallincho.

González había escuchado con inmenso interés al joven investigador que con tanta capacidad y perseverancia reuniera materiales ingentes y los estudiara a la luz de un método científico severo. Y, con ferviente entusiasmo, le dijo:

—Ya advierto que conoce en su integridad cuanto atañe a las ceremonias tradicionales como la del Niño Alcalde. Eso me llena de júbilo, tanto más cuanto que sus investigaciones llegarán a la juventud y le enseñarán mucho de lo que hasta el presente vaga idea tiene. Y ahora me voy a dar un placer. Le obsequiaré la versión completa del canto, que se compone de varias coplas.

Y Ricardo Rojas me dijo, cerrando la anécdota: —Con generosidad casi paternal, el Dr. González me entregó al día siguiente una copia del verso indio completo que aparece en "*Los gauchescos*", donde señalo el hecho con palabras de gratitud.

González, afirmaba Rojas, no conocía los celos literarios.

Con una gran pureza de sentimientos, abría siempre los brazos al amigo que alcanzaba una victoria.

Había en ellos, en punto a temas esenciales de nuestra formación histórica y de nuestro destino como pueblo, un paralelismo que, frecuentemente, se acerca hasta casi identificarse en una misma línea. La tierra, la tradición, el indio, el gaucho, las conmociones sociales, el drama de nuestra organización y la angustia de nuestro destino, fueron para ellos preocupaciones comunes. El arduo y palpitante problema de la cultura en la que la enseñanza constituía uno de los perfiles de mayor trascendencia, hacía concordar sus desvelos, acuciaba sus afanes. Unidos en patriótica comunidad de propósitos, y cada uno en su propio surco intelectual, trabajaron en procura de soluciones constructivas, poniendo a veces acento heroico en su palabra y en su acción, pues, si mucho necesitaron esforzarse para buscar rumbos y cauces generosos de bienes para la colectividad, mucho tuvieron que padecer la incompreensión de los unos y el egoísmo negador de los necios inflados de soberbia.

Esta coincidencia espiritual aparece nítida en la actitud emocional y a menudo mística que provocaba habitualmente en ellos el medio nativo. La esencia telúrica les satura la vida; los hace al uno, átomo vibrante de la montaña, y al otro, conmovido trasunto de los bosques poblados de misterios y armonías. Gonsález inmortalizó literariamente en "Mis Montañas", el paisaje regional en que naciera y se criara. No dejó transecurrir un día sin exaltarlo. Las escenas evocativas más ricas del folklore, más encendidas de amor, más dulcificadas por la ternura, se desarrollan en el cerro enhiesto, encanecido por la nieve, o en el valle que, toda las mañanas, por el milagro de los pájaros se convierte en una alegre copa musical; ese valle dorado de sol que anualmente se anima y colora bajo los estímulos de la chaya secular, opulenta de matices en su multiplicidad de inspiraciones indias. "Historias", "Cuentos", "Fábulas nativas", por no citar sino algunos testimonios, confirman esta vocación que florece en las sugestiones de la

infancia y en el reverdecer de la historia local. Este sentimiento regional de González se decanta y sublima en prosa poética que se humedece de llanto a medida que los años avanzan hacia la vejez, y es senejante al que estremecía el corazón lírico de Rojas cuando lo dominaba el recuerdo de la selva santiagueña con su lejana resonancia de guerra entre indios y conquistadores, con sus gauchos payadores, sus idilios con fragancia vegetal, sus devociones en que se insinúan los genios tutelares de la tradición autóctona, sus fiestas animadas por el embrujo de zambas y vidalas: sus leyendas, sus mitos, creencias, ensueños y dolores. Ese mágico llamado le dietó en 1907 el libro magistral que es “El País de la Selva”, en el que el hábito terrígena anima como un alma cada una de las páginas. Rojas me contó que una tarde encontró a González relejendo su obra. Y don Joaquín, le explicó: “Estos libros nos unen más todavía en la religión cósmica que abramos, sin intervención de la mente, porque nacimos iniciados en ella por imperativo de la tierra misma”.

Rojas visitaba constantemente a González cuando la dolencia implacable lo había postrado. Y en esas largas pláticas llenas de intimidad, recordaba don Joaquín su vieja casona provinciana, sus jardines, escenario de tanta alegría infantil, la viña, la extensa tapia, el paisaje circundante, los cercos familiares con su atuendo maravilloso de cardones, los cielos nocturnos con su estrellería deslumbradora, los pueblecitos aldeaños asomándose entre las abras en una perenne ansiedad de horizontes; recordaba a sus antiguos compañeros; el canto del pasado acariciaba su corazón atizando deseos de retorno, de reintegro sentimental al medio telúrico del que él era fruto con todas sus mejores esencias. Rojas, que escuchó estas confidencias, nos revela una de las postrimeras, en estas palabras:

“...ya en sus últimos días, y con el presentimiento de la muerte, me dijo que deseaba ir a Chilecito, pero que lo embrazaba la pobreza, por no tener dinero para viajar con toda su familia. Allí, en el cementerio de su aldea, había dejado, hace poco tiempo, dos urnas con las cenizas de sus padres, y

una tercera vacía, para él destinada, como lo dispone en unos versos póstumos que acaban de publicarse. Cuando llegó la hora de la agonía, su mente, en plena lucidez, se llenó de visiones panteístas, provenientes de su propio genio montañés más que de sus doctrinas teosóficas, y, viéndose rodeado de libros hasta en su lecho de morir, dijo estas palabras enormes:

“Es triste morir entre cuatro paredes. Querría irme a Chilecito para tirarme bajo de un árbol, a morir en la montaña. El alma ha de volar mejor a su luz, bajo el cielo...”.

Evocando estos hechos tan entrañables, Rojas me recitó el soneto de las urnas con palabra estremeada, y que lo repito aquí por el profundo sentido que contiene:

Como una tela inmensa de extinguidas arañas,
tendida entre dos cerros como pendón cautivo,
se dilatan los pliegues de mi valle nativo
que historian mil jirones de ignoradas hazañas.

Allá, como un remiendo de artífices extrañas,
entre una tapia mustia y un sauce pensativo,
el cementerio cuenta para el enjambre vivo
el romance del otro que duerme en sus entrañas.

En la cripta de piedra de líneas taciturnas,
con amor de santuario yo conservo tres urnas,
dos con caros despojos, la tercera vacía:

“Padre”, “Madre”... ¿y la otra? ¿La letra está borrada?
La ecuación está trunca, más la cifra está hallada:
Esperadme, ya parto: voy a grabar la mía.

Cuando terminó, quedamos en silencio de meditación. Después miré a Rojas y vi que dos lágrimas le corrían por las mejillas. Y por toda explicación dijo como para sí mismo: “¡Qué no hubiera dado por morir en Chilecito! ¡Pobre amigo...!”.

La auténtica amistad no se manifiesta en el elogio que a veces dicta el cariño, sino en la austera justicia de la valoración. Este concepto ecuánime, vibró en labios de Rojas en 1925, cuando despedía las cenizas de su ilustre amigo, con las palabras que vais a escuchar:

“La estatua de González ha de levantarse un día, como una resurrección ejemplar, en alguno de los lugares que ilustró con su presencia durante su doloroso paso por el mundo”. Y en la misma ocasión afirmó:

“Nuestras más respetables instituciones han reconocido ya en González al inmediato sucesor de Sarmiento en la empresa cívica de promover la cultura”.

Y no se equivocó. El pueblo todo lo proclama en la posteridad.

Pero Rojas no puede olvidar las duras contingencias que amargaron muchas horas del benemérito ciudadano:

“Este González aclamado ahora —dice—, fue negado en las vísperas como pensador y como político. Recuerdo que había llegado a la madurez de sus 40 años y tenía ya publicados unos 10 volúmenes, cuando el presidente Roca lo nombró su ministro; y como un diario hubiese dicho que no tenía volumen para ese cargo, una persona para él y para mí muy querida, le oyó comentar aquella negativa con esta frase llena de sana provinciana, y por consiguiente, muy suya:

“Será que para ser ministro no tengo volumen porque tengo volúmenes...”.

Este gran amigo que fue Rojas, hizo una apreciación exacta de González. Lo comparó a Sarmiento diciendo: “Si el espíritu de Sarmiento caldeó con su fuego la atmósfera de la educación argentina, el espíritu de González la ha alumbrado con su luz en los nuevos tiempos”.

Y hacía luego de él este cuadro inequívoco: “Su bondad fue tanta que a veces abusaron de ella adversarios y correligionarios. Concebía la política como una forma activa de la historia y como un resorte democrático al servicio de la cultura. Perpetuaba en la generación del 80, de la que fue su más alta expresión intelectual, el tipo de los patricios anteriores; pero, a diferencia de ellos, González no fue militar, ni polemista ni orador. No obró directamente sobre las multitudes, ni transformó bajo su acción la realidad contemporánea, porque reemplazó aquellos medios por la lenta eficacia del pensa-

miento puro, haciendo lo que él llamara “política espiritual”, mediante las letras, la enseñanza y la ley”.

En el concepto de Rojas, González poseía “por encima de las banderías, la gloria de los más elevados ideales políticos, evidente en la eficacia con que defendió “Los Tratados de Paz con Chile”, en la audacia con que propuso un “Código de Trabajo” para nuestros conflictos sociales, y en la abnegación con que prohió “La Reforma Electoral” de 1904, dando así, desde el gobierno, forma jurídica a los ensueños democráticos que constituían la esencia de sus meditaciones filosóficas”.

Rojas rubrica estas estimaciones sobre su ilustre amigo a quien tanto admiró, con una consideración profética:

“...yo estoy cierto de que, cuando las futuras generaciones, deteniéndose al pie de la estatua de Joaquín V. González, pregunten por su obra, la historia les responderá con los cuarenta volúmenes en que nos ha dejado la documentación de sus actos públicos y el testimonio de su grandeza espiritual”.

La profecía de Ricardo Rojas se ha cumplido en medida más alta que la del bronce de las estatuas, porque el pueblo de la República ha levantado ya en su corazón una estatua de sentimientos puros a este magnífico varón de la argentinidad que se llamara Joaquín V. González, y cuya vida fue una identidad con la Patria en su más íntima teluria, en sus más bellos y abnegados ideales, en su más límpida tradición, en su más acrisolada vocación democrática. Y su amigo entrañable, Ricardo Rojas, que lo sobrevivió más de treinta años, y fue su par en el intenso amor con que sirvió al desarrollo de la educación nacional y al pensamiento excelso de Mayo con obras memorables y actitudes ejemplares de patricio, tiene, como González, algo más perenne que los monumentos plásticos. Ambos viven y vivirán por los tiempos, en el nombre de muchas escuelas del país, en el patronazgo de cuantiosas bibliotecas, en el de institutos de arte y disciplinas científicas, y en todo lugar donde la Patria y la cultura hayan calado muy adentro de las conciencias y sean entraña palpitante de las más honrosas actividades humanas.

ISMAEL MOYA

Charcas 2837, Buenos Aires

